



Sonrisas y canciones

Katelyn, de once años, y su hermana Kallie, de nueve, regresaron a su casa en la Reserva Navajo, justo en la mitad del año escolar. La COVID-19 se estaba propagando y las escuelas de los Estados Unidos y de gran parte del mundo cerraron sus puertas para evitar que se elevaran aún más los índices de contagio.

Katelyn y Kallie se quedaban en el dormitorio de las niñas mientras estudiaban en la Escuela Indígena de Holbrook, pero cuando la escuela se vio obligada a cerrar para evitar que los niños pudieran enfermarse, las hermanas tuvieron que trasladarse a un pueblo ubicado a unos noventa minutos en automóvil, en el estado estadounidense de Arizona. Allí era donde vivía su familia.

LA VIDA DESDE CASA

Estar en casa no significaba estar de vacaciones. Las niñas aún tenían clases a las que debían asistir y tareas que debían hacer. Sus maestros llevaban a cabo todo a través de Internet. El único problema era que Katelyn y Kallie no tenían Internet en la pequeña cabaña de madera de un solo ambiente en la que vivían. Su casa tampoco cuenta con agua potable y la electricidad llega a través de una extensión desde la casa de un pariente que vive al lado. Sus vecinos tampoco tienen Internet. De hecho, casi nadie en el vecindario tiene Internet, excepto una iglesia adventista cercana.

Cuando el pastor de la iglesia adventista se enteró de la situación, invitó a las niñas a usar el Wi-Fi de la iglesia para que pudieran continuar sus estudios. De esta forma, Katelyn y Kallie recorrían el camino de tierra desde su casa hasta la iglesia día tras día para asistir a clases por Internet y hacer sus tareas escolares. Mientras iban por el camino, iban siempre sonriendo al recordar los buenos momentos que siempre pasaban en la Escuela de Holbrook. También entonaban los alegres himnos infantiles sobre Jesús que habían aprendido en la escuela.

LA CASA DE LA DROGA

Entre las casas por las que pasaban, había una conocida como «la casa de la droga». La pintura de esa casa se estaba descascarando y una de las ventanas estaba rota. Parecía que mucha gente salía y entraba de ella a todas horas. Los miembros de la iglesia habían visitado aquella casa y habían orado en ella, y los niños de los vecinos habían asistido a la Escuela Bíblica de Vacaciones impartida por la iglesia. Pero a ninguno de los adultos que usaban aquella casa parecía interesarle las cosas de Dios.



Entonces, una mujer que frecuentaba la casa de la droga se fijó en las dos alegres hermanitas que pasaban cada día por delante. Cuando la madre de Katelyn y Kallie pasó caminando frente a la casa un día, aquella mujer salió a hablar con ella.

—¿Por qué sus hijas siempre están sonrientes en lugar de verse tristes como mis hermanas pequeñas? —le preguntó—. ¿Por qué sus hijas siempre están cantando?

Estas preguntas sorprendieron a la mamá. Pero ella estaba contenta de que la vecina se hubiera fijado en Katelyn y Kallie, así que la invitó a ver por sí misma por qué ellas sonreían y cantaban.

—Vamos a tener un culto familiar esta noche bajo los álamos, junto al lecho del río —dijo la madre—. ¿Le gustaría venir?

Esa noche, los niños de «la casa de la droga» llegaron al bosque de los álamos. La madre de Katelyn y Kallie leyó una historia bíblica y todos entonaron himnos infantiles. A los niños les gustó la adoración. «¿Podemos repetirlo mañana?», pidieron.

Katelyn y Kallie hicieron algo espectacular: se convirtieron en misioneras para sus vecinos. Sus sonrisas y cantos mostraban el maravilloso amor de Jesús por una familia a la que parecía imposible alcanzar.